

¿DONDE VA LA CIENCIA ECONOMICA?

La ciencia económica, se afirma, está en crisis. Y, ciertamente, al considerar las múltiples especialidades —estadísticas, psicológicas, sociológicas, matemáticas, econométricas, etc.— donde se encuadran hoy los investigadores, no se puede por menos que interrogarse sobre el porvenir de esta ciencia; preguntarse, no sin angustia, si su orientación actual no corre el riesgo de hacerla perder el carácter «científico» que había conseguido poco a poco, situándola fuera del terreno de las verdaderas «ciencias». Los estudios parciales emprendidos, sin referencia a una teoría general abstracta y sintética, ¿no nos conducirán dentro de poco a una «división» de la economía política, contraria a este postulado: «No hay más ciencia que lo general»?

Sin duda, toda transposición automática, mecánica, de los métodos de las ciencias «exactas» en el dominio de las ciencias sociales es abusiva, inadaptable, caricaturesca. Durante mucho tiempo ha servido de razonamiento, o más exactamente, ha permitido a esas ciencias sociales el pasarse sin razonamiento. Pero una transposición discreta e inteligente puede admitirse, en cierta medida, al menos a título general.

Ahora bien, ¿qué observamos nosotros en el dominio de las ciencias de la naturaleza? ¿Cuál es el papel de la hipótesis, de la síntesis, en el progreso de estas ciencias?

Es esencialmente provisional. Pues el sabio —si es digno de este nombre— quiere constantemente ir más allá de las apariencias; no se da jamás por satisfecho con una construcción que parece coherente, es decir, que parece dar cuenta de todos los hechos observados (el término de coherencia, aquí no es puramente lógico). Es que la naturaleza le provee sin cesar de nuevas observaciones que no encajan con el edificio lógico, con la hipótesis anteriormente recogida. Esta, desmoronándose bajo la presión de los nuevos hechos —o de los nuevos conocimientos— cederá el lugar a otra que, a su vez, dará paso a una tercera más extensa, y así sucesivamente. La ciencia progresa por la independencia del investigador en relación con sus hipótesis. Así vemos al gran físico francés Louis de Broglie, entre 1920 y 1953,

adoptar tres hipótesis sucesivas: primeramente, una hipótesis determinista, a la que renuncia para adoptar la posición indeterminista que se revela en su libro *Sabios y descubrimientos* (1951), para acabar después en 1952, según se cree en un retorno parcial —y quizá provisional— a la hipótesis de los años veinte. Sin embargo, no se puede decir que la realidad que él estudia ha cambiado entre 1920 y 1952. Son las sucesivas aproximaciones a esta realidad por medio de la razón humana las que originan el movimiento de la ciencia (física).

Así, la ciencia progresa por sucesivas síntesis cada vez más amplias, englobando alternativamente todos los hechos de los que el conocimiento hacía desmoronarse las síntesis precedentes que se habían quedado demasiado limitadas. La fórmula de la estructura de la materia, la «ecuación universal», recientemente puesta a punto por Heisenberg, ¿no permite describir y dar la expresión matemática de partículas cuyo comportamiento era incomprendible hasta hoy? La física también estaba «en crisis» y todas las nociones clásicas volvían a ser objeto de discusión por el progreso de la «microfísica»: una nueva síntesis se hacía necesaria, que si no se ha realizado ya está en vías de elaboración.

* * *

¿Es que ocurre lo mismo en el terreno de la ciencia económica?

A) Lo que sorprende desde el principio en economía política —contrariamente a lo que pasa en la ciencia física— es la permanencia de las hipótesis de los sabios o por lo menos el retraso extraordinario de sus hipótesis sobre el movimiento de la realidad que ellos estudian. Aún actualmente los economistas se refieren explícita o implícitamente al esquema clásico (o neoclásico) para explicar... o más frecuentemente para juzgar o condenar. Ahora bien, la síntesis clásica —que prácticamente hasta 1914 se ha identificado con la ciencia económica— se resquebraja por todas partes. Ya se trate de fluctuaciones económicas, de la distribución de los bienes o de las relaciones económicas internacionales, es en lo sucesivo impotente para dar cuenta de los fenómenos económicos y de sus procesos. Desde la última gran crisis de 1929, las explicaciones teóricas de los ciclos se han rebasado: no hay más ciclos, sino «recesiones» —que no degeneran en depresiones— dentro de una amplia tendencia de crecimiento (1). Un libro recientemente publica-

(1) Ver *Revue Economique*, noviembre de 1957, núm. 6, y especialmente el artículo de R. BARRE: «Analyse des récessions économiques».

do (2) muestra lo que la síntesis clásica tiene de caduca en materia de distribución. En cuanto a las relaciones económicas internacionales, las experiencias recientes de integración europea han contribuido a poner en evidencia el error —o al menos la inadaptación— de los análisis clásicos de costes comparados, de división internacional del trabajo y de restablecimiento automático del equilibrio internacional (3).

El esquema clásico que en la época en que fué esbozado englobaba poco más o menos todos los hechos propios del siglo XIX, es hoy impotente, pese a los retoques de que ha sido objeto, y que no alteran por otra parte su naturaleza profunda, para dar cuenta de los trastornos de la realidad económica entre 1900 y 1950, que ningún observador, incluso no historiador, puede desconocer.

Sin entrar en el detalle —lo que nos arrastraría demasiado lejos y fuera de nuestro propósito— citamos las tres transformaciones esenciales de las que todo el mundo, incluso los no expertos, no pueden por menos de sorprenderse.

1. En primer lugar, la transformación profunda de la estructura interna del capitalismo por la aparición y el desarrollo de grandes unidades de producción, de acuerdos (*trusts*, *cartels*, participaciones, etc.) en los sectores esenciales de la economía (industria pesada, minas, transportes, etc.) que practican una producción «de masa» y que se esfuerzan, mediante una inclinación natural y una lógica sin fallo, por conquistar una posición de monopolio sobre el mercado para ejercer en él un efecto de dominio, al cual el Estado se esfuerza en oponerse mediante una creciente intervención en el juego de los mecanismos económicos. Ahora bien, el efecto de dominio —François Perroux lo ha demostrado bien— que implica la desigualdad, la irreversibilidad y la opresión resiste a todo análisis en términos de microunidades supuestas iguales e intercambiables, característica del análisis clásico. Los postulados sobre los cuales ésta se funda: el individualismo, la competencia, la libertad, son vencidos por la evolución que hace surgir el «asociacionismo» (grandes unidades), el monopolio, el intervencionismo. ¿Cómo un esquema construido sobre los primeros podría dar cuenta de una realidad donde los segundos tienden a dominar?

(2) J. MARCHAL y J. LECAILLON: *La répartition du revenu national* (Librería de Médicis, 1958).

(3) Ver los trabajos de M. BYE y de J. WEILLER, y especialmente de este último: *La théorie économique et les structures de l'échange international de La recherche économique*, Colección «Observation économique», tomo XI, París, 1956.

2. Después, un acontecimiento de un considerable alcance ha sido la aparición en Rusia, en 1917, de un sistema colectivista que realiza la planificación integral de la economía y su difusión progresiva —bajo formas más o menos alteradas, pero de ningún modo capitalistas— en los llamados países de «democracia popular». Sin duda, los economistas de esta época condenan casi unánimemente el nuevo régimen en nombre de «la ciencia» para predecir su rápido hundimiento. Los teóricos de la utilidad marginal, al referirse a los esquemas tradicionales, demuestran la imposibilidad del cálculo económico en la economía planificada. Sabemos el resultado de lo que ha acaecido con estas previsiones. Lo que hoy nosotros comprobamos es la división del planeta en dos grandes sistemas —que, como escribe Alfred Sauvy, están «en competencia»—, el sistema capitalista y el sistema de economía planificada. Ahora bien, esto último está fuera de todo análisis clásico. Y acabamos de ver que el primero —teniendo en cuenta las transformaciones de su estructura interna, suscitadas además en gran parte por la competencia del régimen rival, no se somete mucho más que él a este análisis.

3. Resulta de ello una transformación de la estructura de las relaciones económicas internacionales, que se realizan en lo sucesivo entre los dos «grandes» que son los Estados Unidos y la URSS, aspirando los países divididos de Europa, por una política de integración, a jugar el papel de tercer «grande» en la rivalidad internacional. Esta se ha agudizado aún más por la presencia de este «Tercer Mundo» constituido por los países poco desarrollados que, conscientes de sus problemas comunes, han manifestado por primera vez en Bandung una voluntad común. Ahora bien, no nos engañemos. Estos países, como atinadamente señala Tibor Mende, están tan ávidos de un nivel de vida más elevado, como de dignidad personal. Pero «en el siglo XIX el *self-respect* comienza con la industria pesada». El alto horno, si apenas proporciona la felicidad, es, para las naciones que despiertan, el símbolo de su emancipación. Ahora bien, los países subdesarrollados, aleccionados por la experiencia del siglo XIX, por múltiples declaraciones de dirigentes occidentales, alrededor de los años treinta, sobre los encantos del humilde jergón, de las virtudes de la pequeña propiedad y del artesano, y también, forzoso es decirlo, por los análisis de los economistas ortodoxos sobre los méritos de la división internacional del trabajo, de la asociación de los países puramente agrícolas (los países más desprovistos de todo, debiendo, según la «ley» de los valores internacionales, aprovechar los intercambios internacionales basados en la especialización territorial, en una medida mucho más amplia que los países ricos) están persuadidos, no siem-

pre sin razón, de que el Occidente es hostil a su industrialización. Y por todas partes el movimiento de industrialización se afirma, haciendo de estos países economías complejas y equilibradas.

Esta evolución es tan manifiestamente contraria a las enseñanzas de la teoría clásica que se hace urgente el reconsiderarla.

B) Una nueva síntesis parecía, pues, necesaria. El problema que se plantea hoy a la ciencia económica, ¿es pues el mismo que el que se plantea a las ciencias de la naturaleza, a la física particularmente? Sí, sin duda. Pero yo creo que a diferencia de estas ciencias, la ciencia económica no puede, en el estado actual de cosas, hacer frente a una nueva síntesis hasta pasado bastante tiempo. Toda síntesis parece hoy prematura: a ella se oponen principalmente tres series de obstáculos.

1. El primero proviene de la aparición repentina y sucesiva y a un ritmo cada vez más rápido de hechos nuevos, de este fenómeno de aceleración de la historia, cuyos efectos se hacen sentir con tanta más intensidad como consecuencia de los progresos del análisis estadístico, de la multiplicación de los organismos de coyuntura y de la publicación periódica y a intervalos cada vez más cortos de los informes recogidos; estos hechos nuevos se conocen casi a medida que surgen. La amplitud de los conocimientos no deja de crecer... por más que toda síntesis apenas formulada corre el riesgo de derrumbarse bajo la presión de estos nuevos hechos, de lo cual nadie, y el economista menos que cualquier otro, puede hacer abstracción. Así, el primer obstáculo en un trabajo de síntesis resulta de la dificultad de englobar la totalidad de los hechos conocidos en el tiempo, dificultad que —es de esperar— tenderá a atenuarse con la estabilidad nuevamente conseguida —estabilidad al menos relativa— de las estructuras, de las instituciones y de los sistemas.

2. Pero incluso si por esta estabilidad de nuevo obtenida, cierta síntesis parecía posible, su elaboración se dificultaba aún con la expansión de los conocimientos económicos, no ya en el tiempo, sino en el espacio. No estamos en la época en que la ciencia económica podía creerse «universal» porque constituía un esquema —o un modelo— casi válido únicamente para Europa occidental. ¡Cuántas historias que se pretendían «universales» eran de hecho «europeocéntricas»! Ahora bien, en la época contemporánea Europa ha perdido su primacía, y América primero, Asia después, con Japón, China, India y el Medio Oriente, y Africa por último, pretenden jugar un papel en el concierto de las Naciones y, con este fin, se empeñan en una

política de desarrollo económico que, si toma a veces ciertos matices de la política seguida por las viejas naciones industriales, no está falta de caracteres propios y originales. «Las confusiones abruma el pensamiento económico —escribía François Perroux— cuando pretende abarcar de golpe y sin precauciones una economía cualquiera: tanto la de una tribu de Touaregs como la del pueblo americano del siglo XX» (4). La síntesis que en el siglo XIX podía sin demasiada arbitrariedad limitarse solamente a los países europeos, debe pues en el siglo XX extenderse al mundo entero. Ha de ser total no solamente en el tiempo, sino también en el espacio.

Lo que complica aún el problema y le hace —en mi opinión— casi insoluble en la época actual es la expansión del dominio de la ciencia económica. Se había creído durante mucho tiempo que era necesario para conferir a la economía política el carácter de ciencia, delimitar estrechamente su objeto, separarla rigurosamente de las otras ciencias de orden social: historia, geografía, psicología, etc.; distinguir cuidadosamente el sector económico del sector no económico. Hoy se llega al convencimiento de que procediendo así se mutila la realidad. Como escribía Claude Bernard: «Los fenómenos, siendo la expresión de las relaciones, resulta que al disociar las partes de un todo se debe hacer cesar los fenómenos, sólo con el fin de que se destruyan las relaciones.» También se piensa cada vez más con Augusto Comte, que «todo estudio aislado de los diversos elementos sociales es necesariamente irracional y estéril». La reciente evolución de la ciencia económica —que se desarrolla en direcciones tan diversas como las matemáticas (econometría), la historia (evolución de las estructuras y de los sistemas), la psicología, la sociología, la geografía (organización del espacio), etc.— se subleva contra una tal limitación. El sector económico no puede y no debe ser definido aislado, limitado. «No es ningún problema humano de alguna importancia, escribe el sociólogo belga Dupreel lo que exclusivamente haya de ser un hecho económico, político o religioso. El hecho universal de la complementariedad de los informes sociales atraviesa todos los muros de esta clase y es causa de que lo que quiere llegar hasta la explicación integral, pase también a través de los territorios respectivos de las diversas ciencias sociales» (5). Por otra parte, ¿no es al nivel de estas «bisagras», de estos puntos de articulación entre los múltiples compartimientos en que abusivamente se aíslan las ciencias del hombre, donde se producen las iniciativas más fecundas y donde surgen los más grandes descubrimientos?

No se trata, pues, de construir una síntesis puramente económica —que

(4) F. PERROUX: *Les comptes de la Nation*, París, 1949; pág. 13.

(5) E. DUPREEL: *Sociologie générale*, París, 1948; págs. 381 y 382.

no tendría sentido—, sino una síntesis social en el más amplio sentido de la palabra. Una síntesis válida debe, pues, ser total en el tiempo (es decir, englobar todos los hechos que cada día se nos imponen), universal (es decir, no limitarse a Europa, sino abarcar el mundo entero), general, en fin (es decir, social, que debe englobar a la vez los sectores económicos y los sectores llamados no económicos). Toda síntesis que no satisficiera a estas tres condiciones sería parcial. La dificultad —es decir, la imposibilidad— de realizar plenamente estas tres condiciones en el estado actual de cosas implica, a mi juicio, que todo esfuerzo de este género, con todo lo deseable que pueda ser, corre el riesgo de ser prematuro.

* * *

Puesto que esta meta —la elaboración de un esquema, de un modelo general destinado a sustituir al esquema clásico o neoclásico, hoy superado— parecía por el momento, y sin duda por algún tiempo, inaccesible, ¿cuál debe ser la tarea inmediata de los economistas? Ante todo, no nos imaginemos que es sencilla. Parece que debe consistir, más que en elaborar esquemas generales, esencialmente precarios, en definir nuevos tipos de aproximación, en forjar nuevos instrumentos de análisis.

Las direcciones esenciales en las cuales creo que debe empeñarse esta ciencia económica en vías de elaboración son las siguientes (6):

1. Una primera aproximación será la aproximación «macroeconómica». La economía actual es una economía «de masa», que se desarrolla en una amplia escala que se compone no solamente de individuos, de familias, o de empresas individuales, familiares o artesanas, sino también y cada vez más, de «grandes unidades», de conjuntos. El individuo ha cedido su puesto al grupo. Ahora bien, el comportamiento del grupo es distinto de la medida de los comportamientos de los individuos que le componen. Debe, pues, ser observado estadísticamente, pues si no se puede deducir el comportamiento del grupo de la simple media de los comportamientos de los individuos, siempre puede uno referirse a las «macro-cantidades» estadísticamente observadas que nos proveen de indicaciones preciosas sobre el valor de las funciones globales (propensiones, elasticidades, etc.). Esta es la razón por la que la teoría «macroeconómica» de Keynes ha tenido por efecto suscitar en todos los países el establecimiento de contabilidades nacionales, de presupuestos nacionales, de tablas *input-output*, matrices o daderos tipo Leontieff,

(6) ANDRÉ MARCHAL: *Méthode scientifique et science économique*. Tomo II. París, 1955.

cuyo empleo se extiende cada día más no solamente para analizar en un plan técnico las relaciones entre sectores industriales, sino, además, para analizar en un plan geográfico las relaciones entre regiones de una misma nación, e incluso en el plan sociológico, las relaciones entre grupos sociales.

2. Esta separación de las cantidades globales de naturaleza técnica, geográfica o sociológica hace surgir la necesidad de una aproximación «espacial». Lucien Brocard (7), en Francia, figura como pionero en este terreno que hoy se comienza a roturar (8). El estudio estructural de la nación y de las agrupaciones territoriales distintas de ella, ya sean infranacionales (regiones, localidades...), ya supranacionales (grupos de naciones, continentes...), se impone hoy cada vez más, tanto con las tentativas de mejora de las regiones subdesarrolladas y de las zonas y sectores deprimidos, como con la política europea (C. E. C. A., Mercado Común...). No se trata ya de considerar la región o la nación, por ejemplo, como conjuntos homogéneos, de proceder a un análisis «pontiforme» de la economía, sino de considerarlas en sus estructuras, de descubrir los puntos de concentración, los «polos de desarrollo» y de precisar el mecanismo por el cual ellos arrastran, suscitan a su alrededor la aglomeración de actividades y de industrias diversas, sin omitir el papel que, en este desarrollo son susceptibles de jugar los mercados y el Estado.

3. Estos estudios deben ser llevados con una perspectiva dinámica: el fin esencial de la política económica de hoy es, en efecto, promover el crecimiento; precisamos, el «crecimiento sin fluctuaciones apreciables», el «crecimiento equilibrado» o «armonizado», que plantea temibles problemas: grado y estabilidad del ritmo de crecimiento, plasticidad comparada de los diversos tipos de estructura y sincronización de sus velocidades respectivas de evolución.

4. Los problemas de desarrollo, al plantearse en el *long run* obligan al economista a «volver a situar los fenómenos económicos en su cuadro histórico y sociológico» (9), pues como escribe Johan Akerman, la explicación de estos largos movimientos «rebas con mucho los límites de la economía; es la cuestión de la asociación entre los fenómenos económicos, sociales y políticos, y el hecho de que la discusión no puede ser llevada al plano pura-

(7) LUCIEN BROCARD: *Principes d'économie nationale et internationale* (tres volúmenes), y del mismo autor: *Les conditions générales de l'activité économique*. París, 1934.

(8) CLAUDE PONSARD: *Economie et espace*. Colección «Observación económica», París, 1955.

(9) RAYMOND BARRE: *La période dans l'analyse économique*. París, 1950; página 58.

mente económico, lo que da al problema una importancia filosófica general» (10). Debe seguirse, pues, una aproximación sociológica en su más amplia acepción. Exige del economista una muy vasta cultura que le permita, de acuerdo con la fórmula de Lucien Brocard, «no ignorar nada de lo que de esencial se hace en otros medios», a fin de «seguir, por todas partes donde sea arrastrado, el encadenamiento de las causas y efectos», y, además, un sincero espíritu de cooperación con los especialistas de otras disciplinas.

Así se evitará el peligro de la «división» de la ciencia económica resultante de la multiplicación de «modelos». Más que de «división» es de «relativización» de lo que se trata, y esto en un doble plano:

En primer lugar, en el tiempo, trazando los «límites estructurales» (J. Akerman), que son igualmente límites de validez de los modelos, no siendo válido cada modelo más que en una determinada estructura, es decir, entre dos límites temporales.

Después, en el espacio, uniendo los mecanismos analizados con los sistemas abstractos o con «tipos de organización» en número limitado.

La consideración de las estructuras (períodos estructurales homogéneos) y de los sistemas (conjuntos coherentes de estructura) permitirá elaborar diferentes esquemas teóricos, diferentes análisis «morfológicos», válidos cada uno para un tiempo y para un medio dados. Por su confrontación podrá entonces surgir —si existe— esta «economía fundamental» que los clásicos habían creído descubrir de un golpe partiendo de algunos datos muy generales e intuitivos. El método cambia. En lugar de ir de arriba abajo, de una «economía fundamental» intuitiva que se complica progresivamente para alcanzar la realidad, la ciencia moderna va de abajo arriba, parte del análisis de la realidad para esclarecer poco a poco las características de una «economía fundamental». No se puede negar el carácter a la vez realista y científico de este método.

ANDRÉ MARCHAL

(Traducción de AURELIO DE LAS HERAS PEÑARANDA.)

(10) JOHAN AKERMAN: *Economic Progress and Economic Crisis*, pág. 79.

